

algo de estilo



5-9

Recopilado en 'De vida y de espíritu', tomo II

LA TRAZA CERVANTESCA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, diciembre de 1916.

Este año de 1916 que está al finar no me parece que ha sido fecundo en novedades literarias en España. Y digo que no me parece sin asegurarlo redondamente porque vivo en cierta reclusión voluntaria y un poco al margen del mercado de las novedades. Desde luego que no ha llegado a mis oídos el nombre de ningún novelista o dramaturgo o poeta lírico o crítico nuevo, enteramente nuevo. Y a los viejos, es decir, a los ya conocidos nos ha adsorbido el tiempo y la atención más que otra cosa el comentar la guerra. Acaso lo más notable de nuestra vida literaria e intelectual en general ha sido la división de literatos en intelectuales eruditos bandos, unos en pro y otros en contra de Alemania, sea la especie de guerra civil de los que al fin han dado lugar.

Hay desde luego un campo literario del que no podría informar a mis lectores. Es el dramático. Hace años, pero muchos, que apenas acudo al teatro. Cuando se habla mucho de algún drama o comedia, espero a que los publiquen y los leo tranquilamente en casa sin que el arte escénico me perturbe la comprensión estética de la obra literaria. Me libro así de un engaño, porque la experiencia ha demostrado que obra dramática que no resiste la lectura sosegada y a solas no dura tampoco muchos años en la escena, no puede ser una obra clásica de teatro. Es a lo sumo un drama de cómicos. Y a estos dramas, a estos que son teatro sin ser literatura, el cinematógrafo los está matando. Porque el cinematógrafo se ha hecho para sordos y el teatro no literario, el teatro, puro teatro, de espectáculo nada más es un arte para sordos, sea con sordera material sea con sordera espiritual. «Situaciones, situaciones—decía D'Ennery, el famoso melodramaturgo francés—situaciones; todo el arte del teatro es prepararlas y cuando llega una situación emocionante lo mismo da que los personajes digan una cosa que otra, pues el público cuando llora no oye». Y el arte cinematográfico es un arte de situaciones en que se consigue que el público de bajos instintos estéticos lllore sin necesidad de decir nada, con una mímica de latigullo.

No sé, pues, si en el arte teatral se ha producido en este año, en España, algo que valga la pena de ser leído, pero tengo la impresión de que la pasión, la grande y noble pasión trágica sigue ausente de nuestro teatro contemporáneo. Lo poco, lo poquísimo nuevo que he visto en estos años lo encuentro todo lo hábilmente desarreglado que se quiera, pero frío, terriblemente frío. Y nada digo de las grotescas astracanadas con que se quiere hacer reír a la gente que se ríe de cualquier cosa.

Dejo para otra vez el hablaros de lo que en poesía se ha publicado y que vale la pena de leerlo—algo de Pérez de Avala, de Enrique de Mesa, de Joaquín Montaner y poco más que ahora recuerde—y paso a tomar breve nota de la más resonante novedad de carácter histórico-literario y es un trabajo de cabalismo cervantesco, el de la famosa traza del «Quijote» del ya famoso D. Atanasio Rivero, a quien se le dió hasta un banquete por ello.

¡Pobre Cervantes! Pareció que la guerra alejaba de sobre su memoria tan maltratada por cervantólogos la amenaza de un nuevo centenario, el terce-

ro de su muerte terrena, pero aunque se aplazaran las fiestas oficiales—¡alabado sea Dios!—por ello no se pudo evitar que los eruditos cervantistas, los masoretas del cervantismo, echaran su cuarto a espadas.

El pobre Cervantes ha sufrido la suerte de los más de nuestros grandes ingenios literarios y es que se ha tomado aquí su obra como obra muerta, como textos de lengua o como colección de modelos para los tratados de preceptiva, y apenas hay quien busque su espíritu y trate de actualizarlo. Lo característico de nuestros estudiosos de la propia literatura ha sido la sequedad y la falta de sentido estético. Su erudición ha solido ser una forma más y muy sutil de la haraganería espiritual. No tenemos una buena historia de nuestra literatura hecha con un claro y fuerte sentido estético, no ya una como la excelentísima, la maravillosa historia de la literatura italiana que escribió Francesco De Sanctis o la de la francesa de Gustavo Lanson, mas ni siquiera una de que se saque una idea de conjunto del carácter general de nuestro ingenio literario. Son las que conozco historias con exceso de datos externos, de minucias, con sobra de noticias biográficas y bibliográficas y como si una historia de la literatura de un pueblo hubiese de ser un catálogo, mejor o peor razonado, de autores y de obras. La historia, la verdadera historia de nuestra literatura, y esto aun después de los trabajos, por otra parte meritísimos de Menéndez y Pelayo, está por escribir. Y para hacerlo no es tanto menester recoger todos los materiales biográficos, bibliográficos y críticos acumulados, cuanto volver a leer a los eternos autores y sus eternas obras con espíritu que busque vida.

A toda literatura de todo pueblo le ocurre lo que de la griega clásica decía Willamowitz Moellendorf y es que se reduce a una docena de nombres representativos de autores, y el que sabe leer a éstos puede dispensarse del resto. Y renueva más la comprensión de una literatura una nueva manera de entender y de sentir una de sus obras maestras eternas que el descubrimiento de tal o cual obra o autor olvidados.

Sobre las obras de Cervantes y en especial sobre su obra sobre el «Quijote», han caído nuestros eruditos y masoretas y cabalistas, y cómo la han dejado. ¡Dios Santo! Y como yo también por mi parte me metí a comentar el «Quijote» debo decir, en descargo de mi conciencia, que no lo hice como erudito ni como masoreta ni cabalista, y que no pretendí desentrañar lo que Cervantes quiso decir en él, cosa que me tiene sin cuidado, sino lo que yo en él veo y lo que me sugiere. No me interesa lo que los autores quieren decir, sino lo que dicen o mejor lo que me dicen. Ni admito las segundas intenciones en literatura. Y en cuanto a la vida del literato sólo me interesa mientras aclaro su obra. En rigor su vida es su obra. Para mí la verdadera biografía de Cervantes es su «Quijote» y ni siquiera logran los cervantistas dar interés a las cominerías y chismes de vecindad que de su víctima nos cuentan.

Parece ser que D. Atanasio Rivero contó en un estilo hiperbólico y como de iluminado, y los que lo han leído dicen que bastante regocijado y no exento de donaire y gracejo, cómo había descubierto la famosa «traza» del «Quijote», y que consiste en que Cervantes escribió unas memorias íntimas y luego con las mismas letras, ni una más ni una menos ni distinta, de cada párrafo compuso el «Quijote». En

cuanto al en qué consistía el descubrimiento de Rivero no quise ya saber más. Y quedeme sorprendido de que hubiese habido eruditos inocentes que se dedicaran a cazar gazapos en la obra cabalística de don Atanasio. La ocurrencia sola de que a Cervantes se le hubiese ocurrido dedicarse a semejante desatinado matatiempo es ya algo disparatadísimo. No sé que a nadie en el mundo le haya dado por tal cosa. Mas, aunque así hubiese sido, no hay don Atanasio alguno capaz de descifrar tales logogrifos.

Supónganse mis lectores que escribo unas memorias íntimas y me entretengo luego en componer párrafo por párrafo, con las mismas letras de ellos una novela; pues bien, desafío a todos los Riveros habidos y por haber a que reproduzcan mis memorias íntimas por mucho que de mi vida privada sepan. Es más, yo mismo, destruidas mis memorias, sería incapaz de tres o cuatro años después de reproducirlas sobre la base de la traza de mi novela.

Voy más lejos aun. Si se hace la estadística de cada una de las letras que aparecen en un párrafo algo extenso, de su tanto por ciento de aparición entre las demás, se verá que ese exponente de su porcentaje apenas varía de un párrafo a otro. Y de ese modo y con las mismas letras de cada párrafo se puede escribir más de una novela. Novela, por supuesto, que será tan pobre en cuanto novela como aquellas que se escriben sin emplear la letra a o la letra e u otra cualquiera.

Es cosa sabida que las letras de nuestro alfabeto pueden ordenarse por el orden de su mayor o menor frecuencia, de su mayor o menor empleo, y determinando este empleo cuantitativamente de modo tal que si tomamos una cualquiera de ellas por unidad (la de menor frecuencia, que en castellano es seguramente la K, y si estimamos ésta como exótica, será la x o la j) se expresen las otras por otros números, cabe señalarles un valor. Y este valor se mantendrá casi constante en cada párrafo. Quiero decir que si una letra cualquiera se expresa por 7, queriendo decirse que aparece 7 veces mientras la de menos uso no aparece sino una sola vez, ese mismo valor de 7 mantendrá poco más o menos en cada párrafo.

Claro está que lo capital es que a nadie y menos a un Cervantes se le pudo ocurrir dedicarse a tales rompecabezas, que además no tienen en este caso explicación alguna ni se ve por qué había de perder el tiempo en ello, pero si hubiese caído en la insensatez de la disparatadísima ocurrencia ésa, no hay D. Atanasio Rivero alguno que sea capaz de reordenar el rompecabezas.

A otro señor se le ha ocurrido otro disparate mayúsculo, cual es el de que el llamado falso «Quijote», el de Avellaneda, es también del mismo Cervantes, y mañana se le ocurrirá a otro cabalista cualquier otro desatino. Y en tanto lo más de las cosas jugosas, vivas, sugestivas que sobre el «Quijote» se ha dicho, nos han venido de fuera.

Recuerdo el asombro y hasta indignación que les causó a algunos el que afirmase yo hace algunos años que alcanzaba a ver en el «Quijote» perspectivas e intenciones que su autor no vio, así como creo que en mis obras podrán muchos ver muchas cosas que yo no veo en ellas. Porque ni mis obras, aunque las haya yo escrito, son mías sólo; ni el «Quijote» era sólo de Cervantes. A nadie le cuesta admitir que no sea el inventor de un mecanismo cualquiera quien mejor lo

mameje, ni el descubridor de una ley científica, quien mejor la aplique o quien mida mejor sus consecuencias todas. Platón sabía bien de la divina inconsciencia de los poetas.

Cosa terrible cuando el culto a nuestros grandes hombres se hace fetichista y el estudio de su obra cae en manos de masoretas y cabalistas.

¿Y qué diremos de la lengua? Sobre la base, base muy discutible, de que Cervantes haya sido el mejor prosista castellano, el mejor hablista y estilista, se ha querido hacer de su lenguaje una especie de ritual, y hay desdichados que han dado en cervantinar de una manera lamentable. Confieso que el período cervantino en castellano de hoy y para expresar ideas y sentimientos actuales me resulta insoportable.

La lengua literaria o escrita surge de la hablada, de la lengua conversacional o coloquial y la viva tradición va por la corriente de la lengua hablada. De la lengua que se hablaba en Castilla en tiempo de Cervantes de la lengua que él hablaba, surgió con mayor o menor artificio literario, la expresión del lenguaje escrito de sus obras. De aquella lengua proviene nuestro castellano de hoy, el que nosotros hablamos y en el que pensamos, y de este castellano que hablamos y en que pensamos, tienen que surgir con mayor o menor artificio artístico, nuestras obras escritas literarias. Pero no hay nada peor que una evolución literaria del lenguaje meramente escrito. Obra literaria que en cuanto a su expresión lingüística, proceda a través de unas y otras obras escritas de tal famosa de hace siglos, es obra condenada a muerte estética.

Dicen que el íntimo, el verdadero progreso de la especie humana, va de germen a germen, que lo duradero es la mejora que al nacer trae hoy un niño sobre el niño que fué su lejano abuelo de hace siglos y que junto a esto los adelantos que unos adultos pueden transmitir a otros valen muy poco. La doctrina es muy espectosa y acaso sofisticada, ya que el progreso humano es social más que orgánico, y un europeo culto de hoy lleva de ventaja a un ateniense del tiempo de Pericles no que nazca con mayor capacidad mental ni más fino organismo, sino que se encuentra al nacer con un legado social de que aquél no disponía y con medios de investigación nuevos, pero acaso no deje de haber algo de verdad en esa doctrina. Más lo que tengo por indudable, es que el progreso lingüístico—y le hay—se cumple en la lengua hablada más bien que en la escrita y literaria.

De todos modos, el imitar el lenguaje y estilo cervantinos me parece una de las mayores equivocaciones en que puede caer un literato español. Es preferible imitar otros modelos. Y menos todavía el estilo que podríamos llamar solemne de Cervantes, el del discurso de las armas y las letras de Don Quijote, o el del que éste enderezó a los cabreros. Es un estilo oratorio y enfático, que no se debe imitar. Tales imitaciones, además, no pasan de ser también otra traza.

Hay, en efecto, escritores de traza cervantesca, que se dedican a una labor de taracea, algo así como los seminaristas que componen versos en latín con frases compuestas, según otras frases de los clásicos latinos. Dedicarse a apuntar los giros, frases y modismos que usaba Cervantes y

a irlos luego colocando en sus escritos o acaso a enderezar un período no más que a la colocación de una de esas formas. Y esto sí que es dedicarse a una traza. Y luego pasan por escritores castizos, entre aquellos lectores de inteligencia embotada, que

leen para no enterarse, que gustan al leer algo de no encontrarse más que con cosas conocidas, que son como esos pobres lugareños que cuando van a oír el sermón del día del santo patrono, quieren que sea el mismo sermón, el de siempre, el que se saben de coro, o como los niños que piden que se les cuente tal cuento que se saben de memoria, para ir espiondo si lo cogen al narrador en algún olvido o equivocación.

MIGUEL DE UNAMUNO.

